

La izquierda tecnófila: los transgénicos¹.

El 28 de octubre Erwin Von Fack prestó su columna de opinión en *Voces del Pradillo* para dar eco al artículo de Juan Segovia “Ecologismo y transgénicos: una propuesta desde la izquierda”, censurado en el periódico *Mundo Obrero* por desafiar “el dogma de fe eco-magufo del PCE” (el término magufo por cierto, que tuve que buscar porque no sabía a qué se refería, es una suerte de neologismo burlón con el que los científicos escépticos azotan a los charlatanes de la pseudociencia en las ágoras digitales).

Ante el tema de la censura, comparto plenamente el planteamiento de Von Fack y hay poco que añadir. Tanto por cuestiones éticas, como por evitar la degeneración del pensamiento crítico en un catecismo simplón e inoperante, un movimiento social emancipador no puede tener tabúes, ni estar cerrado a ninguna polémica, da igual lo mal que esta pueda sonar para el sentido ideológico imperante en un momento dado (desde los transgénicos hasta la religión pasando por el aborto o el dogma del trabajo). Es evidente que el precio de la libertad de expresión es tener que escuchar muchas tonterías, pero este es un coste muy pequeño con tal de no volver a caer en nada parecido al estalinismo y la policía del pensamiento.

Ante el contenido del artículo, que quiere reivindicar el uso de la tecnología transgénica alimentaria desde una perspectiva de izquierdas, lanzo una réplica, que se extiende también al sentido de su publicación en *Voces del Pradillo*, y por tanto a la introducción del mismo.

Sobre la introducción, unas pocas líneas: pretender, en primer lugar, que en la comunidad científica mundial existe un consenso sobre la idoneidad social de la tecnología transgénica aplicada a la producción alimentaria, y que su rechazo es producto de la ignorancia anti-científica, es insostenible. Sólo se puede afirmar o bien desde la mala fe, como hacen las multinacionales de la ingeniería genética, o bien desde el desconocimiento del mismo debate *científico* sobre los transgénicos combinado con un juicio no muy reflexivo basado en prejuicios previos. Me inclino más por lo segundo, porque es algo bastante extendido en la cultura de izquierdas cuando se tratan temas tecnológicos. Para este caso concreto, lo ajustado a la verdad sería afirmar que la comunidad científica, sea lo que sea que signifique eso (como si alguna vez la comunidad científica conforma un todo armonioso y democrático que decidiera algo sin presiones externas ni intereses propios) está, en este tema, radicalmente dividida. Pero además, y mucho más importante, este tipo de enfoque revela uno de los lastres más graves del pensamiento de izquierdas: su fetichismo tecnófilo, su participación *religiosa* en el mito del Progreso, del que se deriva una peligrosa ingenuidad respecto al papel social de la ciencia y, sobre todo, enfoques teóricos infantiles en relación a los fenómenos tecnológicos. Este es el mismo caldo de cultivo *mítico* que anima hoy los planteamientos disparatados, y constantemente rebatidos por los hechos, sobre la democracia 4.0 y el avance irrefrenable de la emancipación social gracias a las tecnológicas digitales (y que son, por cierto, una copia calcada de la tecnofilia del siglo XIX, que profetizaba a bombo y platillo que el ferrocarril llevaría la democracia a Europa).

En cuanto al artículo de Juan Segovia y su argumentación señalo, de forma telegráfica, algunos puntos débiles especialmente llamativos. Lo hago para fomentar un debate necesario que, para que sea algo más que espuma virtual, sería interesante que se diese no como un intercambio de columnas de opinión en una web, sino en un contexto social y aterrizado en prácticas transformativas. En este sentido, remito a una serie de charlas que organizará en Móstoles el *Instituto de Transición Rompe el Círculo* (tanto sobre la cuestión de la tecnología en general como sobre los transgénicos en particular) a lo largo del curso 2013-2014, que quizás puedan cumplir el papel de espacio colectivo desde el que afrontar, a nivel local, una reflexión sobre estos desafíos. Por cierto, recordar que este debate está centrado en el *transgénico agroalimentario* en particular y no en la ingeniería genética en general (aunque el trasfondo es el mismo, las implicaciones sociales del uso de las técnicas son distintas, y se requieren aproximaciones distintas).

-*El transgénico quiere ser una solución ante un problema falso.*

¹ Este artículo fue publicado en el periódico *Voces del Pradillo* el 19 de Marzo de 2014.

Los transgénicos son hoy vendidos y promocionados como la enésima promesa técnica que, esta vez sí, puede acabar con el hambre en el mundo. De un modo análogo (ay de que mala memoria hacemos gala) fue vendida y promocionada la Revolución Verde en los años 60, de la que la transgénesis alimentaria es una continuación. Sin embargo los resultados de la Revolución Verde, a pesar del incremento productivo del volumen de las cosechas, fueron desastrosos desde casi todos los ángulos: en el económico, el social, el ecológico y el cultural.

Como demostró en los años 70 Amartya Sen, los déficits alimentarios que vergonzosamente sufre la humanidad contemporánea no tienen un origen técnico, sino social: por un lado una estructura de distribución de los alimentos extremadamente injusta, por estar supeditada la cobertura de necesidades al proceso de valorización del capital y obtención de beneficios; por otro un modelo dietético profundamente insostenible, ligado a la extensión global de las pautas culturales propias del capitalismo espectacular, caracterizadas alto consumo de alimento animal. Asegurar una ingesta alimentaria adecuada para toda la población del planeta no nos exige un salto tecnológico (los transgénicos), sino un salto político, social y cultural (un eco-socialismo libertario).

-Existe certeza científica sobre la insalubridad del actual cultivo transgénico

Juan Segovia afirma, y Von Fäke subraya en negrita, que “*no hay estudios que demuestren la supuesta peligrosidad de estos organismos*”. Esta afirmación es rotundamente falsa. Lo verdaderamente destacable es la ausencia de datos fiables al respecto y la escasez de estudios empíricos fundamentados. José Luis Domingo y Mercedes Gómez publicaron en el año 2000 un informe en la *Revista Española de Salud Pública* que concluía que en las bases de datos Medline y Toxline se recoge una cifra minúscula de estudios experimentales rigurosos de corte toxicológico o microbiológico sobre alimentos genéticamente modificados: <http://www.scielosp.org/pdf/resp/v74n3/riesgos.pdf>

Es interesante no hacerse una idea equivocada de la investigación en este campo. Quien imagine ambiciosos programas de estudio llevados a cabo por miles de científicos se equivoca de arriba a abajo. Gilles Seralini, catedrático en Biología Molecular en la Universidad de Caen, y una de las máximas autoridades mundiales en la investigación sobre la salubridad de los transgénicos (fue elegido por el gobierno francés como su representante en la Comisión científica de regulación de los transgénicos a nivel europeo) afirma que en el mundo hay sólo entre 5 y 10 expertos científicos estudiando, de manera seria y rigurosa, los efectos a largo plazo de los transgénicos en la salud, ninguno en lengua castellana, y esta escasez se explica porque se intuyen consecuencias económicamente demoledoras para la industria biotecnológica:

<http://periodismosostenible.blogspot.com.es/2013/04/entrevista-gilles-eric-serialini-si-se.html>

Este científico saltó a la fama mundial en 2007 por publicar un artículo en la revista *Food and Chemical Toxicology*, en el que se demostraba la incidencia directa del maíz transgénico en la salud de las ratas de laboratorio cuando los estudios superaban el marco temporal de tres meses, que era el común en los estudios emprendidos por la industria biotecnológica, y se prolongaban durante toda la vida de las ratas. Los efectos nocivos derivaban del uso de pesticidas y son extensibles no sólo al transgénico, sino a la agricultura industrial en general. Y es que, a diferencia de lo que afirma Juan Segovia, los transgénicos, lejos de requerir un menor uso de agroquímicos, incrementan su empleo de forma exponencial y están concebidos para que así sea: en Brasil el uso de herbicidas tóxicos ha aumentado un 190% en el año 2010, y en Argentina los datos que se reportan es un aumento de un 1000% en los cuatro primeros años de expansión de soja transgénica¹. Los efectos sobre la salud de estos pesticidas están también bien documentados: tumores, cánceres, malformaciones en fetos y enfermedades hormonales.

-De todos los problemas sociales que derivan de los transgénicos, la salud es secundario.

Sin embargo, y aunque suene chocante, el problema de la salud, siendo fundamental, puede ser secundario. Al fin y al cabo, el propio concepto de salud, al menos tal y como se maneja hoy, no es una categoría neutra, sino una idea históricamente construida y empleada como eje vertebrador de un discurso al servicio del proceso de medicalización moderna. Ivan Illich lo planteaba en los años 70 de forma brillante: la sociedad capitalista industrial nos ha enseñado a sentirnos enfermos y reclamar soluciones que, en la inviabilidad material de ser

satisfechas (pues al fin y al cabo en el fondo lo que se persigue es la inmortalidad) tienden al aumento de la dictadura técnico-política sobre nuestras vidas y nuestros cuerpos. Más allá de estas divagaciones teóricas, la cuestión de la salud respecto a los transgénicos es secundaria porque, siempre y cuando se pudiera elegir libremente, lo que exigiría un etiquetaje transparente que en el Reino España no se cumple, uno todavía podría reclamar su legítimo derecho a envenenarse.

-Los transgénicos son promotores estructurales del ecocidio.

Uno de los efectos más peligrosos de los transgénicos es su carácter esencialmente ecocida. La agricultura industrial redujo la base del germoplasma agrícola hasta extremos insospechados: de las 50.000 plantas de interés alimentario para la humanidad hoy sólo cultivamos 200, sólo 100 se comercializan internacionalmente y de ellas 3 suponen el 42% del mercado mundial de alimentos (trigo, arroz y maíz). Con los transgénicos esta tendencia a la homogenización sólo se puede agravar. Cualquiera que no sea un analfabeto ecológico sabe (y en esta sociedad energética y ecológicamente analfabeta esto nos excluye a casi todos) que la biodiversidad es un prerrequisito de cualquier ecosistema viable, y un ecosistema viable es un prerrequisito, a su vez, de una sociedad que no esté condenada al colapso a largo plazo. Como ya sucedió con la revolución verde, la reducción de biodiversidad que acarrearía la extensión de los transgénicos supondrá no la desaparición de las plagas (pues la plaga es siempre un signo de desequilibrio ecosistémico), sino el surgimiento de súper-plagas, en una espiral maldita que tiene un final asegurado: el desastre alimentario mundial.

-Los transgénicos enfatizan la concentración y verticalización del sistema agroalimentario mundial independientemente del sentido político de su uso.

Es cierto, como señala Juan Segovia, que el sistema agroalimentario mundial ya estaba concentrado antes de los transgénicos, y que los transgénicos no son la causa original de su control en muy pocas manos. Pero lo que suponen los transgénicos es un salto cualitativo en el nivel de dependencia tecnológica externa, y por tanto centralización, al que es sometido el sistema agroalimentario. Con los transgénicos las culturas agrarias locales son destruidas a través de una tecnología exógena que, además de cara y necesariamente subsidiaria (a nivel financiero y energético), está diseñada para ser irrecuperable y radicalmente anti-autogestionable (patentes, semillas estériles). Sólo en la India y según Vandana Shiva, la cosecha de suicidios de campesinos acosados por deudas a raíz de la implantación de los transgénicos en 1997 ha sido de más de 170.000 personas: otro holocausto silencioso que no contará con películas de Hollywood para impedir olvidarlo.

Ante estos hechos la izquierda suele argumentar que este es un problema de las multinacionales como Monsanto, que se solucionaría con transgénicos públicos. Aunque aceptáramos provisionalmente este argumento falaz, la consecuencia lógica del mismo sería reclamar una *moratoria absoluta* del cultivo del transgénico hasta que no estuvieran dadas las condiciones sociales y políticas para su empleo no capitalista. Lo contrario significa favorecer y facilitar a los actores que verdaderamente tienen hoy la sartén de los transgénicos por el mango un control genocida de la cadena alimentaria mundial (actores que además están realizando la mayor expropiación y privatización de los comunes de la historia al tener la desvergüenza de patentar genes).

Pero este argumento es falaz porque la exacerbación de la centralización, el gigantismo y la dependencia alimentaria es algo esencial a la tecnología transgénica independientemente de que su propiedad sea pública o privada. Juan Segovia pone el ejemplo de Cuba como modelo de un uso de izquierdas de la tecnología transgénica. El ejemplo está especialmente mal escogido: la implantación de los transgénicos en Cuba, hecha con secretismo y alevosía y sin contar lo más mínimo con la participación del pueblo cubano (un 73% no sabe ni lo que un transgénico), está socavando los logros de uno de los ejemplos más avanzados de agricultura orgánica del planeta, modelo que resultaba mucho más eficiente y autónomo respecto a los mercados internacionales que el nuevo modelo transgénico. Fernando Funes, científico cubano, afirma al respecto: “*Estos sistemas son altamente ineficientes y derrochadores, frágiles y dependientes de insumos externos. Por principio resultan ineficientes en el uso de los recursos disponibles y degradan el ambiente, con lo que hipotecan el futuro de la agricultura y amenazan el desarrollo sostenible de Cuba*”ⁱⁱ

Es cierto que existen algunas aplicaciones concretas de transgénicos alimentarios que, en una sociedad diferente y bajo un sólido *principio de precaución*, podrían tener un uso interesante. Pero este enfoque también falla al pensar que las tecnologías transgénicas son independientes unas de otras, e independientes del sistema técnico-industrial en su conjunto. Esto es, la idea de la *selectividad tecnológica* parte de una creencia poco reflexionada sobre la neutralidad de la tecnología que es necesario revisar.

-La tecnología no es una fuerza social neutral.

Esta es la madre del cordero y el punto fundamental del debate. Entrar superficialmente en este punto, y más teniendo en cuenta lo huérfana de reflexiones profundas que están las ideologías de izquierdas sobre los problemas teóricos de la tecnología (y por tanto lo marciano que sonará todo esto a casi todo el mundo), es absolutamente imposible sin recurrir a otras cinco o seis páginas más. Esto dispararía este artículo fuera del umbral de lo legible por una persona normal en una sociedad como esta, obsesionada por la rapidez y la instantaneidad precisamente porque es una sociedad que crece impulsada ciegamente por un aparato técnico autorreplicante, profundamente irracional, que casi nadie tiene tiempo de poner en cuestión (el capitalismo industrial se reproduce en círculos viciosos). Lanzo simplemente un par de bengalas para iluminar alguna idea que quizá trate con mayor detenimiento, y menor nivel de caricatura, en un futuro.

Marx defendió la neutralidad de la maquina con un argumento que, en esencia, es el mismo que hoy es mayoritario ya no en las izquierdas, sino en toda la sociedad industrial: un cuchillo puede servir igual a un cirujano que a un asesino en serie, y no está predestinado, como cuchillo, a un uso malo o bueno. El error de fondo de esta perspectiva es que la ingeniería genética (igual que la energía nuclear o la nanotecnología u otros desarrollos técnicos de la Big Science inaugurada por el Proyecto Manhattan) no es un cuchillo. Como señalan muchos filósofos críticos de la técnica, hacia la mitad del siglo XX se dio un salto cualitativo en la tecnología: esta ya no se deja pensar a la técnica como una serie de instrumentos independientes, sino como un complejo sistema de interdependencias (lo denominaremos Técnica en mayúsculas) que ha escapado por a cualquier control social y político y que se impone como una serie de hechos consumados. Como defiende Gunter Anders: “*afirmar que este sistema de instrumentos, el macro-instrumento, solo es un medio, y que por lo tanto está a nuestra disposición para realizar fines que hemos definido libremente por anticipado es completamente absurdo. Este sistema de instrumentos es nuestro mundo, y un mundo es algo muy distinto a un medio*” (Gunter Anders, *La obsolescencia del ser humano*). Por poner un ejemplo tontorrón para poder ver el carácter sistémico de la Técnica, la tecnología informática, que tantas esperanzas levanta entre los tecnófilos, exige para su mantenimiento también de la minería extractiva de metales preciosos y tierras raras, de su transporte a escala planetaria (y por tanto de una matriz energética fosilística) de la electrificación completa de la sociedad... Las tecnologías modernas no son gajos que se puedan sustraer del sistema técnico que la soporta en su conjunto.

Además de su autonomía y su carácter sistémico, la Técnica posee un potencial destructivo que, por su alcance, la hace sustancialmente distinta a las tecnologías de otras épocas. Con la transgénesis, igual que con la energía nuclear, no hay margen para el error. Y sin embargo cualquiera que conserve un mínimo de sabiduría básica sobre lo que el ser humano *es* sabe con seguridad que el error se dará: el Chernobil o el Bopal transgénico está, sencillamente, esperando su turno en esta sociedad-ruleta rusa demencial, que sus voceros más sofisticados han denominado *sociedad del riesgo*, y que nadie ha elegido en bloque (si la elegimos, en cambio, en miles de gestos cotidianos que nunca problematizamos y que van dando forma a un tipo de mundo de modo mucho más efectivo que nuestras ideas o nuestras luchas; así en esta sociedad tan pueril es perfectamente normal estar en contra de las guerras por petróleo o de las mareas negras sin renunciar, o al menos sin poner en cuestión, al uso del automóvil privado y la cultura de la escapadita de fin de semana, que requiere necesariamente de guerras y mareas negras para poder funcionar).

Un último aspecto crítico con la Técnica. Como afirma Kaczynski en su *Manifiesto sobre la sociedad industrial y su futuro*, los acuerdos sociales son transitorios, pero los cambios tecnológicos irreversibles. La energía nuclear, por ejemplo, nos condena a gestionar, mediante un alto grado de centralización y durante más de 100.000 años, residuos radioactivos de gran peligrosidad. Pero ninguna sociedad humana ha demostrado, en toda la historia de la especie, períodos de estabilidad institucional de más de 200 años. Salvo el milagro de que de repente instauráramos la Armonía de Fourier, los sistemas de seguridad de la gestión de la

radioactividad tarde o temprano quebrarán, produciéndose un desastre anunciado. Con los transgénicos este problema se agrava por que la propia naturaleza de la tecnología hace de su difusión incontrolada la norma sin necesidad de grandes fallos en el sistema de seguridad: la contaminación transgénica, a través de la polinización de las abejas por ejemplo, es un fenómeno bastante común.

Los tecnófilos de la izquierda progresista descalificarán estos argumentos como propios de una ideología neoludita, primitivista y tachándolos de conservadores, como si esa palabra supusiera un insulto definitivo. Pero cuando el capitalismo se ha lanzado a la modificación irra de las bases naturales de la biosfera

¿Conservadores? Por supuesto. Como dice Jorge Riechmann, “*nos gustaría conservar un mundo habitable para todos los seres humanos*”. Y es que como intuyó Walter Benjamin con lucidez hace ya muchos años, en una sociedad que descarrila la revolución ya no se trata de seguir avanzando, sino de ser capaces de echar el freno de emergencia.

Emilio Santiago Muiño

ⁱ *Pueblos Fumigados: informe sobre la problemática del uso de plaguicidas en las principales provincias sojeras*. Grupo de Reflexión Rural, Abril 2006

ⁱⁱ *Transgénicos en Cuba, que se gana y que se pierde*. En:

<http://es.calameo.com/read/000058516882d130177ce>